

Buenas tardes a todos, gracias por vuestra asistencia y, por supuesto, agradecer la amabilidad que han tenido con nosotros desde la Biblioteca de Montequinto, por la cesión de esta sala para la presentación de la novela “Las fuentes de la providencia”, de la que es autor Jesús Valentín García, al que tengo a mi derecha, y al cual le corresponde el último agradecimiento, sin duda el más entrañable, por el honor que supone para mí la presentación de este acto.

Daremos comienzo con unos datos sobre el autor donde detallaremos su actividad profesional y literaria.

Jesús Valentín García es sevillano de nacimiento, de la quinta del 68, la mejor, hizo la carrera de biología en la Universidad de Sevilla, donde se ha dedicado a labores de investigación y docencia prácticamente desde su licenciatura, siendo la actividad que sigue ejerciendo actualmente. Ha recibido varios galardones literarios, que no enumeraremos aquí, desde la publicación de su primera novela en 2011, “Saudado”, donde ya encontramos a sus personajes viviendo aventuras, penas y glorias, por esa América que tanto visita literariamente, o por otros medios, porque también les adelanto que no sería extraño que se lo tropezaran en alguna terminal de aeropuerto, pues no sólo viaja con la imaginación a través de sus lecturas, también lo hace en la realidad. Y, por último y como observación curiosa, quiero apuntar sobre él una de esas rarezas que, comúnmente, forman parte de la personalidad de los escritores, sin duda enriqueciéndola, y es su afición al coleccionismo, algo que utilizó para darle forma a un personaje que me gusta, un inspector.

“Las fuentes de la providencia” es su cuarta novela, con lo que observamos un intervalo en la producción de unos dos años entre cada una de ellas, y ya podemos afirmar que nos encontramos ante una obra, una obra de ficción que está viva, pues nos consta que tiene en mente nuevos proyectos, y por ello podemos, y debemos, señalar las características que definen su novelística.

Y sobre ella, cuando nos planteamos los aspectos y cualidades, es fácil para el crítico la identificación y calificación. Querría destacar para comenzar, y sin dudarlo, dos cualidades: valentía e imaginación. Valentía, porque es inherente a la composición de una novela que será expuesta a crítica y lectores, por la fe que se ha de tener en uno mismo y en la capacidad propia, capacidad que el auténtico escritor sabe que tiene, pero que no garantiza la consecución del objetivo final, puesto que este se alcanza cuando nos consideramos satisfechos (una palabra mágica, en este contexto), y esto no se garantiza a menos que esté uno dispuesto a engañarse, o a escribir la misma novela como el que hace churros. Por ello califico como valiente al autor que hoy presentamos: porque se enfrenta a lo diferente, asumiendo riesgos al situar sus ficciones en territorios ajenos a su zona de confort (cuando así lo hace, también tiene una novela situada en la ciudad de Sevilla), y nos lleva desde la América hispana de la conquista, a la conquista anglosajona del oeste (tan diferentes) o nos introduce en la piel de un bandolero, y esto supone un esfuerzo que va más allá del tiempo invertido y el intelecto, supone un esfuerzo emocional al verse obligado a “vivir”, entrecomillas, en otros tiempos, a entender personajes nacidos en otras culturas y, necesariamente, con otras ambiciones, otras formas de sentir y pensar, en resumen otros

valores morales; considero que esto es destacable por la dificultad que supone. Por otro lado, debemos hablar de la imaginación. Nosotros afirmamos que no hay literatura sin ficción, y no se asombren, hay quien pretende vendérselo; pero nosotros no compramos. Con esta y otras ridiculeces, nos bombardean, y sin piedad, desde esa tomadura de pelo que es la crítica literaria posmodernista; crítica: y no teoría, pues carecen de teoría de la literatura. Verán, hoy la literatura comparada dominante llega desde Estados Unidos, cargada de la artificiosa palabrería y terminología propias del intento de imposición de un modelo cultural. Al carecer de base conceptual no disponen de cimientos: no tienen base científica, y sin ella ejercen una crítica sin criterios actuando como engañabobos y engañalistas (léase filólogos, muchos, al menos). ¿Por qué contarles esto? Porque ante el ruido generado por la palabrería, ante este trasfondo vacío, algunos escritores siguen escribiendo novelas, historias de ficción, de ficción y realidad, o sobre bases reales, pero donde la imaginación es imprescindible, y desde aquí la reivindicamos, y consideramos que el autor la reivindica desde su obra. Escribimos para ser leídos, considero que la imaginación es uno de los valores por los cuales nos gustan tanto las novelas del autor, porque para crear una ficción hay que tener capacidad de imaginar.

Y el autor que presentamos hoy tiene capacidad de imaginar.

Por otra parte, en las novelas de Jesús hay acción, ocurre algo, se lo garantizo a todos ustedes. Muchos dirán: como en todas, pues resulta que no es así. Extendernos sobre esto daría para una conferencia. La búsqueda de fórmulas pretendidamente originales, por parte de muchos “escritores”

así, entrecomillado, que más que escritores buscan hacer de la literatura carrera profesional y fórmula de medro social y económico, ponen en nuestras manos “novelas”, sigo entrecomillando, donde la búsqueda de valor artístico (eso cuando no se trata de forma de servicio a determinadas ideologías, que también lo hay) parece valorizarse en la práctica imposibilidad de ser entendidos, rompiendo un equilibrio donde la forma no reina sobre el fondo, es que hay casos donde no hay fondo, directamente, prestándose a que les soltáramos así en plan castizo: pero qué me estás contando; y es que algunos casos son de chiste, deben perdonarme. Hay escritores que se preguntan: ¿qué sentido tiene no ser entendido?, ¿qué comunicación mantienes con tu lector?, ¿qué consigues transmitir al lector? ¿Qué quieres demostrar, y a quién se lo quieres demostrar y para qué?, porque ¿dónde, personal y profesionalmente, te lleva esto? En la novela del autor que hoy presentamos y no es el único, resulta que te cuentan una historia. Nos manifestamos contra el engaño, no nos manifestamos contra la evolución, defendemos la utilización de estructuras narrativas que pueden ser clásicas y que interpretaremos libremente, y defendemos que no por esto nos encontramos por debajo de nadie. La acción, en literatura, también sugiere: mediante los hechos narrados y la respuesta de los personajes, “bucea” el escritor en la naturaleza humana, y los personajes enfrentan sus particulares “yo y mis circunstancias” que al ser expuestas generarán una atmósfera literaria y llegarán, en no pocas ocasiones, a alcanzar la categoría de ejemplarizante para el lector.

---

Bien, pues esto lo consigue “Las fuentes de la providencia”. Y quiero, por último, centrarme en qué transmite la novela. Para ello, voy a comenzar por una descripción del argumento.

“Las fuentes de la providencia” tiene una particularidad constructiva interesante, pues nos cuenta en paralelo la investigación de un asesinato encargada al sheriff de la ciudad de Liberty, Kit Grey y, en la otra “línea”, su historia personal. Quedan planteados dos misterios que enganchan al lector: se intuye que algo oscuro quedó sin resolver en el pasado del protagonista, y que (necesariamente) influirá en el presente. En las razones para este encargo hay desconfianza y una cuestión política detrás de la orden recibida del juez, un juez del que debemos decir que une a su integridad la ambición. Kit Grey debe obedecer, no parece tenerlas todas consigo, y no es sólo por el encargo de una investigación por asesinato sin ser detective; hay algo más. Nos detenemos aquí, el misterio está servido, la trama es riquísima, las situaciones se suceden, y aparecen buenos y malos, aparecen personajes típicos del oeste, hay una historia de amor, y de la vida misma, podríamos decir, y los conflictos esperables demuestran capacidad de observación y perfecta integración por parte del autor, consiguiendo coherencia interna en la narración alrededor de la fuerte personalidad del protagonista, el sheriff Kit Grey. Del argumento no les cuento más, y me reitero: prácticamente no he desvelado nada.

Y vayamos a qué transmite, y esto siempre es muy personal. Para ello debemos analizarlo desde los hechos, la reacción de los distintos personajes, y las consecuencias de estos dos factores. Comenzaré por una cita y que nadie se alarme: son tres líneas que encontrarán en la página 60 del libro. Dice así:

“Siempre habrá indios. Aunque los extingamos, algunos dejaremos para que carguen con lo que no queremos, y si faltan cogemos sus plumas y se las endosaremos al primer desgraciado”.

---

En “Las fuentes de la providencia” hay una reflexión sobre la justicia.

Esto para mi es central, puesto que engloba al conjunto. Las particulares condiciones en las que se desarrolla lo que conocemos como “la conquista del oeste”, permite al autor dibujar personajes en permanente lucha contra la adversidad del medio, donde violencia y supervivencia son términos que caminan unidos, donde el fanatismo religioso convive con la razón, donde la dificultad para castigar los crímenes enloquece a la gente de bien e incita a la venganza, que cumple una función disuasoria que no ofrece la legalidad, una legalidad imposible, muy difícil de ejercer, como vemos en el libro, pero que lucha por imponerse como cimiento de una convivencia en paz. La novela nos plantea que cabe preguntarse sobre el origen de lo que somos ante la perversión del medio, de cómo las circunstancias nos gobiernan y nos defendemos de ello procurando mantener nuestra personalidad (o, en parte, cediendo a difuminarnos en una identidad grupal), incluso como el azar condiciona o domina nuestro destino, dependiendo de nuestra fortaleza interior; todo esto lo encontramos en los protagonistas y en los secundarios, que hay algunos interesantísimos, alguno de presencia fugaz, pero vitales para “cerrar” el conjunto de la novela. Y tengamos en cuenta que en medio de todo esto ocurre lo convencional entre los seres humanos: el deseo de prosperar, adolescentes que experimentan, matrimonios que se esfuerzan por mantener su

relación, amores imposibles y un largo etcétera, lo mejor y lo peor, la vida misma, lo que encontrarían hoy pero en mitad del XIX y en el oeste americano.

Grey se adapta y sobrevive, pero ¿a qué precio? Es un pistolero (no un vaquero), es alguien que enfrentado al tú a tú del duelo no siente miedo, pero es inteligente y piensa: ¿merece la pena vivir así?, ¿al aceptar he anulado mi personalidad?, ¿me convierto en parte del mal o estoy justificado?, ¿se puede huir, adónde, para qué? Para saber las repuestas les recomiendo leer “Las fuentes de la providencia”, una novela que, como pueden ver, suscita preguntas.

Y sólo queda el final.

El final, es importantísimo para que la podamos considerar “redonda”: y este es muy bueno. No podemos saber si volveremos a encontrarnos con Kit Grey, pero esta historia es el punto álgido en la vida del personaje: que debe enfrentarse a sí mismo y por tanto encontrarse consigo mismo, y lo hará de la forma que sabe: actuando y con un revólver en la mano; no esperen de Grey, que naturalmente ha vivido una evolución personal, que se mantenga manso como un cordero camino del matadero. El final es realista y romántico a la vez, es trágico, sorpresivo (porque aparece lo mejor y lo peor de Grey, que a estas alturas nadie tendrá por santo, supongo), y lo dejo ahí, no vaya a desvelar algo que no deba, pero no esperen que una personalidad tan fuerte como la del protagonista de “Las fuentes de la providencia” se quede de brazos cruzados: va a actuar.

Y ahora les dejo con el padre de la criatura: Jesús Valentín García.